

LOS NOMBRES DEL ESPÍRITU SANTO

SEÑOR Y DADOR DE VIDA

Espíritu Santo, con la Iglesia, te profeso Señor y dador de vida. Ven, y reposa sobre mi alma, como cuando el Creador de todas las cosas derramó su aliento sobre el barro que había tomado entre sus manos, y nació el primer hombre.



Ven, sé Tú como el sopro de vida que se cernió sobre el valle de los huesos secos y los convirtió en seres vivos, superando la desintegración, el olvido y la muerte.

Ven, como brisa suave, a la manera de como sintió el profeta Elías tu paso, ante la puerta de la cueva del Monte Horeb, cuando en el susurro experimentó la presencia divina, que le devolvió el ánimo y la fuerza para seguir en la misión que se le había confiado.

Por ti todo vive, al recibir tu aliento, el sopro de vida, y gracias a tu acción, la creación entera recobra la faz transfigurada, por la que se alcanza a contemplar la mano del Creador. Y así, con el esplendor de la belleza de la naturaleza se llega a conocer la existencia de quien todo lo sostiene.

Espíritu Santo, que eres en la Trinidad Santa el don mutuo entre el Padre y su Hijo, el amor fecundo, transmisor de la vida divina: ven sobre mí, y reaviva el don que me hace ser consciente de la gracia que me habita, por saberme fruto de tu aliento.

Espíritu de vida, deseo sumarme a todos los vivientes en su canto de alabanza, y con todo ser que alienta bendigo al Señor de todo lo creado. Como los jóvenes de Babilonia y el profeta Daniel, deseo dar voz a todos los seres, y cantar el himno de las criaturas a su Criador.

Te pido, Espíritu de vida, que no pierda la conciencia de saberme vivo porque Tú me sostienes, porque Tú mantienes el hálito sagrado, que me permite ser un signo de tu presencia. Que nunca me emancipe de la verdad que me define, pues sé que soy obra tuya, regalo para los que me rodean.

Me has regalado tus dones para que me sume a tantos que con su ofrenda voluntaria y amorosa hacen visible tu presencia, y son signo atractivo de tu bondad en el mundo, cuando emplean sus manos en hacer el bien y en acrecentar la belleza.

Señor y dador de vida, en nombre de todos los vivientes te bendigo, y te pido que no ceses de reanimar con tu sopro y con tu aliento nuestros corazones. Y sea yo testigo de tu acción discreta y amorosa, que recrea toda la tierra.